



MERCADO DE LOS MOSTENSES. MADRID

El jugador

GERMÁN UBILLOS ORSOLICH

Venía de un club de tercera división y acababa de ficharle el club más famoso de su país y uno de los más poderosos del mundo. Desde pequeño le gustaba el fútbol, jugaba con un viejo balón con los chicos de su pueblo, corrían y corrían detrás de la pelota y sudaban la gota gorda, nunca se cansaba. Su primer regalo de valor, en Navidad, fue un balón auténtico, de reglamento, lo acariciaba y dormía con él junto a la almohada, cuando las televisiones se prodigaron no se perdía un partido y conocía de memoria las alineaciones de los principales equipos. Viviendo en el pueblo, cercano al mar, en aquel clima templado, casi subtropical, soñaba con la capital pero como el que piensa en Marte o Júpiter, como algo inasequible, lejano y desconocido: una fantasía.

Como estudiante era más bien mediocre, pero Nicolás tenía muy buenos sentimientos y era especialmente sensible para algunas cosas como la naturaleza y la poesía, conocía por sus nombres casi todas las plantas de su región y en el dormitorio no faltaban los libros de Miguel Hernández y Blas de Otero.

Fue muy bonito cuando le contrataron en el equipo de la cabeza de partido, allí le empezaron a enseñar algunas cosas, a entrenarse, algunas tácticas, a pegar a balón parado en las faltas. Aunque seguía estudiando y trabajando en una tienda de alfombras, pronto se dio cuenta el entrenador del extraño talento de su jugador y del arte con que tocaba la pelota.

No pasó mucho tiempo hasta que pasó a ocupar plaza en el equipo de la capital de la provincia, ahí fue donde empezó a ganar dinero, no demasiado, tenía la ficha más baja, además notó la presión con que se jugaba y la dureza y habilidad de los defensas contrarios.

MERCADOS / LITERATURAS

Él era considerado un medio punta, un medio con proyección de delantero, aunque a decir verdad metía bastantes goles y a él le gustaba eso, los aplausos, el meter goles, en el pueblo era un pequeño ídolo y sus padres muy modestos y de baja cultura seguían la trayectoria de su hijo con una mezcla de temor e ilusión, más de lo primero que de lo segundo, pues en los pueblos de ese país la gente era más bien pesimista y esto era justificado tanto por la vida que llevaban como por el abandono inmemorial de todos y cada uno de los gobiernos.

Nuestro protagonista estuvo tres temporadas en el club de provincias y un buen día vino un ojeador de la capital y quiso hablar con él.

–Nicolás, permite que te tutee. Has sido visto con buenos ojos desde la capital, ¿te gustaría venir a nuestro equipo?.

Nicolás se retorció los dedos y miraba como perplejo o espantado.

–¿No entiendes lo que te estoy diciendo?.

–¡Oh, sí, señor!.

–¿Entonces?, ¿no se te ocurre algo?, ¿es que no sabes hablar?.

–Sí... sí, señor. Es... que, me ha pillado tan desprevenido...

–Bueno, tendrás que venir a hablar con nosotros, te tendríamos a prueba durante algunos meses con un precontrato de ... diez mil al mes... y después del sexto mes, si rindes, sería ya harina de otro costal, subiríamos la cifra, no sé... diez veces.

Nicolás palideció, la vista se le nublababa, hizo un enorme esfuerzo para no caerse redondo al suelo, le faltaba el aire, sentía un temblor interior, con un enorme esfuerzo, sobreponiéndose y con un hilo de voz dijo:

–¿Y cuándo tendría que ir?.

–La semana que viene, pongamos por ejemplo el lunes.

Cuando lo contó en el pueblo sus padres no se lo creían, les costaba asimilar la alegría dado sus caracteres pesimistas. Le advirtieron de los posibles peligros de la gran ciudad, sus argucias, embustes y timos, las mil precauciones que tendría que tomar y, aún así, pensárselo una y mil veces. Pero Nicolás, con el alma temblona y después de despedirse de sus padres y amigos, cogió el sábado, primero el autobús, después el tren, y a eso de las nueve del día siguiente llegó a la capital cubierta de una especie de boina contaminante y con un frío intenso, desconocido en su pueblo.

Lo primero que hizo fue coger un taxi para que le llevase hasta el estadio. Al llegar contempló la mole majestuosa y descomunal de los graderíos y vomitorios, cuya sombra se proyectaba en la luz mortecina de un sol lejano y frío. Fue dando la vuelta con gran paciencia a su perímetro, se sentía petrificado entre el frío y la visión. No se atrevió a entrar, con aquello era suficientes.

Equivocándose tres veces de medio de transporte llegó a la sede del club y allí, casi tartamudeando, dijo quien era. No hubo fotógrafos, no hubo flashes, en tres minutos firmó con un señor que dijo ser de la Junta Directiva su contrato por seis meses, el cual le dijo que se presentara en la puerta de los vestuarios del estadio a la mañana siguiente.



Nicolás buscó una pensión en una zona céntrica y con clase, estaba en la llamada Gran Vía, dejó la maleta y se puso a pasear, pronto encontró un mercado, era el mercado llamado de Los Mostenses, tenía dos plantas y cuatro puertas principales, lo recorrió un poco como alma en pena, vio su patio central y rectangular, el Mercado constaba de dos pisos, en la primera planta abundaban las fruterías, con toda la variedad, color y magia, de las frutas más lozanas y apetecibles, era la gran ciudad y en sus mercados se exhibían siempre los mejores manjares, los más exquisitos. Estaba así, deambulando, cuando tropezó con un chiquillo de ojos azules y una gorrilla muy chulapona en la cabeza. Como le viera tan despistado el chico le abordó.

–¿Es usted de fuera, verdad?.

–Pues... sí. ¿En qué se nota?.

–En que no lleva prisa. Aquí todos la llevan.

–¿Y a dónde van?.

–No sé, quizá a ninguna parte, pero en ésta ciudad todos llevan prisa, es muy raro que te hablen, que se detengan... Bueno, los viejos, esos sí te hablan, te hablan del pasado, de cosas lejanas y desconocidas.

Ambos se miraban.

–Este mercado es bonito, algunas de sus frutas me traen recuerdos de mi pueblo.

–¿Hace mucho que ha venido?.

–Oh, solo horas, pero ya me acuerdo de él.

–No sienta pena, yo estoy con usted; yo soy su amigo.

Nicolás sonrió, aquella muestra de cariño calentaba algo su espíritu.

–En este mercado, antes, hace muchos años, siglos, había un convento de monjas, ahora solo se venden cosas.

–¿Cuántos puestos tendrá, cuántas tiendas?.

–Según el señor Félix, el del puesto de la entrada, el de los fiambres, dice que tiene cerca de cien tiendas, pero no son propietarios, las tienen en alquiler y pagan un dinero al Ayuntamiento, él es el propietario. Los pisos de encima son oficinas, oficinas del mercado.

–¿Cuándo tendrá esto?.

–No habíamos nacido. Dicen que es del año 1944, entonces hacían las cosas muy bien.

–Vamos, que duraban.

–Eso.

Nicolás y el chaval paseaban.

–¿Cómo te llamas?.

–Juan, pero me llaman Juanito.

–¿A ti te gusta el fútbol?.

–Pues claro.

–¿Quieres ver algún partido?.

–Me encantaría

–Yo te llevaré.

–¡Qué guay!.

Seguían paseando y charlando y así se hizo la noche.

Nicolás y el chico se despidieron y el primero se fue a su pensión.

A la mañana siguiente se presentó en el estadio, le recibió el segundo entrenador y eso sí, muy educadamente, le presentó a la plantilla que tantas veces había visto por televisión y haciendo declaraciones, estaba algo aturdido, pero casi sin darse cuenta le hicieron saltar al césped junto con



MERCADOS / LITERATURAS



los otros. La impresión fue colosal, los graderíos vacíos eran como pirámides, como montañas que hicieran eco, un valle verde y cuidado en el fondo de un gran pozo. Miraba hacia todos los lados y giraba como una peonza, alguno de sus compañeros, sin mala intención, se sonreían al verle. De pronto el segundo entrenador le echó un balón, trastabilló.

–¡Eh, tú!

–¿Es a mí?.

–Venga, muévete.

Empezó a tocar el cuero, inició una carrerita y fue a pasar...

–¡Zambomba! -murmuró—es él.

Se trataba de uno de los jugadores más famosos del mundo. Realmente no sabía si pasarle la pelota o hacerle una reverencia. El ídolo sonrió y le hizo un gesto afectuoso con la mano.

El primer entrenamiento fue de risa, Nicolás no mostró ni el uno por ciento de lo que sabía hacer, estaba agarrotado, embobado.

En el segundo mejoró un poco más, pero no mucho. Al día siguiente, el sábado, era el gran partido contra el equipo extranjero considerado como el mejor equipo del mundo. A Nicolás lo colocaron en la lista de los reservas. No perdió tiempo y acudió presuroso al mercado de Los Mostenses a buscar a Juanito, su amigo. Lo encontró en la puerta principal junto al puesto de fiambres del señor Félix. El mercado bullía en todo su colorido, esplendor y actividad, se mezclaban las mujeres, los ancianos y algunos niños, los pescados de la planta baja lucían como si estuvieran recién capturados en el Cantábrico, eran como joyas en aquel mercado inefable. El chico enseguida le vio.

–¡Hola!. ¡Te estaba esperando!.

–Mira Juanito, te traigo esta entrada para el partido del sábado.

El chico miraba incrédulo.

–Sí. Es para ti.

–¿Dónde la conseguiste?.

–No te preocupes por eso, ve al partido, allí lo verás.

El jugador, tras deambular de nuevo con el muchacho, marchó hasta la concentración.

Era un lujosísimo hotel, en él sólo se hizo amigo del segundo masajista, con el que habló en el bar de las chumberas, papayas, dátiles y kiwis de su región. Compartió habitación con uno de los defensas. No pegó ojo.

Al día siguiente, suave paseo, consejos de psicólogo, última charla con el primer entrenador, almuerzo dietéticamente medido y una hora de siesta, ¡menuda siesta!, para temblar.

Cuando saltaron al campo la impresión fue bestial, ciento treinta mil personas gritando frenéticamente, con banderas, bocinas, una luz cegadora, un sonido infernal, los truenos del fin del mundo. Nicolás, anonadado, se metió en el foso de los reservas con los dos entrenadores, el masajista y el médico. Pedía, rogaba a todos los santos no tener que jugar, no saltar, que no ocurriera ningún contratiempo.



Silbó el árbitro y todos comenzaron a correr, el juego era vistoso y rápido, tan pronto estaban cerca de una portería como de la otra, el público gritaba, silbaba, bramaba, daba palmadas rítmicas. De pronto un encontronazo, una falta, una tarjeta amarilla. A cada caída espectacular de algún compañero Nicolás notaba el corazón en la garganta. Llegó el descanso con empate a cero y todos a los vestuarios. Allí unos sudaban y jadeaban, otros observaban, él temblaba ligeramente, el entrenador daba algunas instrucciones, pedía calma y mayor agresividad, ¿es que ambas cosas podían conciliarse?. Cuando quiso darse cuenta había que volver al terreno de juego; los romanos, los gladiadores, las fieras, pensó. Se embutió en el foso y a esperar.

Nada más pitar el inicio de la segunda parte, todos comenzaron a correr aún más desaforadamente, los pases en profundidad eran cortados por los defensas con violencia inusitada, luchaban los veintidós jugadores al límite de sus fuerzas, el público no cesaba de gritar, pero la contienda estaba igualada y ambos bloques chocaban desgastándose inútilmente. Uno de los defensas locales incurrió en penalti, lo tiró el delantero extranjero (según las encuestas) mejor del mundo, pero dio en la cepa del poste y salió fuera. Se oyó como un rugido, dos espectadores del fondo norte salieron en una camilla de la cruz roja, parecían inconscientes o muertos.

Llegó el minuto cuarenta y parecía que todo iba a terminar así cuando la pierna del interior izquierda local fue segada por el defensa contrario. Entraron corriendo al campo el médico y el masajista, el jugador no se recuperaba y hubo que apearle a una camilla y sacarle fuera del campo. El defensa recibió tarjeta roja y salió también, refunfuñando. El griterío era ensordecedor, fue entonces cuando el entrenador señaló a Nicolás.

—¡Eh, tú, sal!

—¿Yo? —preguntó Nicolás aterrado.

—Sí, tú, sustituye a Sánchez y ¡a matarse!

Nicolás saltó del foso a la hierba, le temblaban las piernas pero era una sensación mental, corrió parte de la banda y se internó hacia el centro. Fue entonces cuando le vio Juanito. El muchacho sentado cerca de una de las tribunas abrió intensamente los ojos y la boca, después sonrió de felicidad y dio un brinco y un grito, allí estaba su amigo, allí, en el césped, corriendo como un jugador más, le quiso hacer gestos con la mano, pero este no le vio. Llegó el minuto cuarenta y cuatro y aún no había tocado el balón, veía las lucecitas rojas de más de diez cámaras de televisión que, alrededor del campo, transmitían para todo el mundo.

En ese instante se produjo un córner a favor del equipo local, casi los dos equipos enteros se hallaban dentro del área.

Nicolás se sentía mareado, se retiró un poco, se sacó el córner, la pelota como en un sueño, a cámara lenta, sobrepasó la muralla de jugadores y fue a caer sobre la cabeza del confuso Nicolás que no tuvo más que empujarla a la red.



MERCADOS / LITERATURAS



—¡Gooooo!!

Ciento treinta mil gargantas gritaron a la vez, cerca de treinta millones de televidentes gritaron a la vez, diez jugadores cayeron sobre él en un intento de abrazarle, algunos lloraban, todo el país lloraba. Nicolás se levantó, tambaleándose, sin apenas entender nada. El árbitro pitó el final del partido. El equipo de la gran capital se acababa de proclamar campeón del mundo, los teletipos, las radios, las televisiones, los móviles, los faxes, así lo manifestaban.

Nicolás, casi como un pelele, daba la vuelta de honor al estadio a hombros de sus compañeros entre la masa enfervorizada, era el nuevo ídolo, posiblemente el jugador ya más caro del mundo, los otros jugadores le miraban sonrientes como a un dios, con los ojos brillantes algunos aplaudían. Fue entonces cuando su mirada se cruzó en la lejanía con la del chiquillo. Éste también lloraba. Nicolás le hizo gestos con los brazos. El rey entregó la copa y volvieron a dar otra vuelta al campo. En ese bamboleo entre las luces y el estruendo como de tambores africanos, el jugador recordó su primera pelota rodando y, como entre nubes, vio las gallinas picoteando la papaya madura mientras corría entre desarrapados chiquillos que, en alpargatas, levantaban los brazos hacia un cielo imposible.. ●

GERMAN UBILLOS ORSOLICH
PREMIO NACIONAL DE TEATRO

MERCADO DE LOS MOSTENSES. MADRID

El Mercado de los Mostenses es uno de los centros comerciales de barrio más emblemáticos del centro de Madrid. Ubicado en la plaza del mismo nombre, a espaldas de la Gran Vía, entre las plazas de España y de Callao, forma parte del paisaje urbano y comercial de Madrid desde su inauguración, en 1946. Tiene una superficie construida de unos 4.500 metros cuadrados, de los que cerca de 2.000 son de superficie comercial. En la actualidad tiene 100 puestos, entre los que se incluyen 16 fruterías, 12 carnicerías, 8 pescaderías, 7 pollerías, y otros establecimientos de alimentación, equipamiento del hogar y servicios. La gestión del Mercado de los Mostenses corre a cargo de la Asociación de Comerciantes, mediante concesión administrativa.

